



ZTF-FCT
Zientzia eta Teknologia Fakultatea
Facultad de Ciencia y Tecnología

GENOCAÍNA PARA EL ALMA

Premio UPV/EHU de la IX Edición (1997)

Iñaki López de Eguílaz Fernández



GENOCAÍNA PARA EL ALMA

Con otro hijo ilegítimo en alguna parte del Oeste, Dean era padre de cuatro hijos y no tenía ni un centavo y todo eran problemas y éxtasis y agitación y anfetis, como lo había sido siempre. Total, que no fuimos a Italia.

*En el camino Jack Kerouac
Tercera parte-XI*

Las luces de la ciudad amortiguan la oscuridad de la noche. Esta vez no hay estrellas ni luna. Estoy sentado en una colina viendo las calles muertas. Los rascacielos respiran la luz interior de sus poros cerrados por láminas de cristal. En cualquier otra situación la silueta de alguna persona asomada al paisaje ahogaría esa luz, pero esta vez la luz artificial de los rascacielos fluye entera y clara. No hay una sola ventana a oscuras, todas lucen incompresiblemente. Los escaparates iluminan el asfalto. Los coches permanecen parados y sólo sus focos y sus intermitentes encendidos parecen darles vida. Los semáforos siguen dirigiendo un tráfico inexistente. No hay nadie. Todos se han ido sin decir nada, y no sé dónde pueden estar.

Yo estoy, solo, viéndolo todo. Abandono el paisaje durante un instante para hundir la cabeza entre las piernas y descubro que estoy desnudo. No sé dónde está mi ropa y no sé por qué estoy en pelotas. Pero... tú no eres la mía. No eres la misma que tenía ayer por la tarde. La misma que ví por última vez vomitando orina en el retrete como si fueras una gárgola fálica. Y me pregunto quién coño te ha cambiado. No estoy enfadado porque tú tampoco estás mal, pero quiero la mía. Porque uno llevaba mucho tiempo con ella y a estas cosas se les coge cariño. Dejo de mirármela y me doy cuenta de que el cuerpo tampoco es mío. Me levanto sobresaltado y miro mis brazos extendidos. Son más fuertes, más morenos, veo las venas que luchan por abrirse paso entre unos músculos descomunales. Esteroides. El resto de mi cuerpo también está más... cambiado. No es mi cuerpo. Es el de otro y no sé qué hago yo en un cuerpo que no es el mío. Me llevo las manos a la cabeza y toco un pelo largo que tampoco es mío, una nariz extraña y una barbilla desconocida. Miro hacia los lados buscando una explicación y veo otro tipo desnudo mirándome con cara de imbécil. Le digo algo que no oigo y le veo mover los labios al mismo tiempo que yo. Le miro extrañado y me acerco a él lentamente y él hace lo mismo, se acerca hacia mí al mismo tiempo



Certamen Alberto Magno

que yo me acerco a él. Me paro y se para. Le vuelvo a decir algo que no oigo y él mueve los labios, de nuevo, al mismo tiempo. Miro su cuerpo y sus ojos recorren el mío. Agacho la cabeza y fijo la mirada en mi cuerpo. Le vuelvo a mirar y me doy cuenta: la imagen en la que estoy encerrado aparece reflejada en el aire.

Vuelvo la cabeza hacia la ciudad. Sigue ahí. Viva por la luz, pero muerta por la soledad. Busco una explicación en mi otro yo, pero ha desaparecido. Decido abandonar la colina y adentrarme en la ciudad. Empiezo a bajar y veo los pies llevando mi cuerpo. Sigo bajando y miro la ciudad. La relación espacio-temporal empieza a no cuadrar. Vuelvo la cabeza hacia atrás y veo la colina alejándose al mismo tiempo que camino, pero la ciudad sigue en el mismo sitio. No avanzo hacia ella pero me alejo de la colina. Sigo caminando y para cuando me vuelvo a dar cuenta me encuentro a la misma distancia de la ciudad. Me vuelvo y veo un bulbo a lo lejos. Es la colina, escondiéndose tras el telón del horizonte. Noto las pulsaciones aumentar vertiginosamente y soy consciente de lo que en esta situación significa. Y por ello decido sentarme.

La ciudad sigue ahí riéndose de mí y no puedo llegar a ella. La miro desafiante y, de repente, sus luces abandonan los rascacielos, los coches, los semáforos, los escaparates y emergen hacia el cielo a una velocidad vertiginosa sumiendo la ciudad en la más absoluta oscuridad. Y suben tan alto que no logro seguir sus estelas y sólo veo puntos luminosos. El cielo vuelve a tener estrellas. Y la ciudad sigue ahí, muerta. Los bloques de cemento y cristal yacen desafiantes a la noche estrellada. Y cuando parece que se van a quedar así para siempre vuelven a iluminarse y resucitan orgullosos. Pero la luz no surge sólo de sus ventanas, de sus faroles, de sus neones. El asfalto se enciende en una luz blanca, el cemento oscuro genera rayos de claridad, y las sombras quedan desterradas por completo. Toda ella es una bola enorme de luz blanca que comienza a ascender lentamente iluminándolo todo. Y me doy cuenta de que estoy en un desierto de piedra blanca en una noche estrellada sin una ciudad que la contemple. La bola de luz se para y permanece suspendida en lo alto como un globo atado a la mano de un niño. Echo la cabeza hacia atrás para contemplarla y veo cómo la luz se expande por todo el cielo. Y sólo veo luz blanca que obliga a mi rostro a cerrar los ojos. Noto una paz interior. Debo reconocer que está muy lograda. Unas dosis más de éstas y ¿quién necesita ser feliz?

Abro los ojos. Estoy tumbado. A mi lado hay seis personas. Van vestidos con batas blancas pero sus cabezas están cubiertas por una goma gris tirante. No se les ven los ojos, ni la nariz, ni la boca, sólo las



sombras que el relieve de éstos produce en la goma. Intento moverme. No puedo. Sólo mis ojos parecen obedecer mis órdenes. El techo deja escapar una luz blanca mortecina. Oigo voces extrañas que no comprendo. Están hablando. Empiezo a notar cómo crece. Y no sé por qué. Dos de ellos me la miran. El resto ha desaparecido. Todavía no ha terminado de crecer y siento una eyaculación sin placer. Uno de ellos pasa a mi lado con un recipiente lleno de... ¡lo han metido ahí! ¿¡Para qué coño lo quieren!? Noto una punzada en el brazo, y otro recipiente con sangre pasa a mi lado. Siento cómo la sangre se desliza por mi brazo sin parar. Estos cabrones me van a desangrar. Noto el corazón golpeando los barrotos de mi pecho. Si continúa así me romperá las costillas. Aumentan las pulsaciones. El pulsómetro empieza a pitar. Será mejor que frene un poco. Pero no puedo moverme. ¡Los brazos no me responden! ¡No puedo alcanzarlo! Miro a mi derecha y veo a un anciano. Tiene sus manos aferradas a mi brazo y no me deja moverlo. El cabrón tiene una fuerza descomunal y encima me sonrío. ¡Maldita sea, esto no puede suceder, tengo que alcanzarlo y pararlo! ¡Los seis vuelven a estar a mi lado! ¡Soltadme, cabrones, si no me soltáis la voy a palmar! Pero estas palabras no van más allá de mi mente. No puedo abrir la boca. Estoy totalmente paralizado. El único que se mueve es el corazón, cada vez más deprisa, y eso no me gusta. Posan un aparato encima de mi cabeza. Surge una aguja larga y delgada, desciende lentamente y se introduce por mi nariz. ¡Mierda, eso ha dolido! ¡Noto cómo se me clava en el cerebro y las pulsaciones siguen subiendo! Continúa pitando. Intento alcanzar el pulsómetro pero todo es inútil. ¡Soltádmeeeeeeeeee! El cerebro sale por mi nariz. ¡Estoy viendo mi cerebro delante de mí! El corazón parece un *loop* de batería de los *Chemical Brothers*. ¡Mierda, soltadme, no véis que me

—Maldita sea, Leiser, ¿qué te has hecho?

La oigo. Abro los ojos. Es Crísalis. No sé cómo ha entrado.

—¿Cómo has entrado?

—¿Pero no te das cuenta de que esta vez has estado a punto de irte? ¿En qué coño piensas, Leiser?, la próxima vez yo no estaré aquí para cerrar la cápsula.

A duras penas muevo la cabeza y miro mi brazo izquierdo. La cápsula sigue inyectada en el brazalet. Está medio llena. Todavía me quedaba diversión para rato.

—Abre bien los ojos. Déjame ver. ¡Mierda, la pupila se ha comido tus preciosos ojos verdes y marrones, y el corazón te va estallar de un momento a otro! Tengo que sacarte la sangre del brazo antes de que te llegue al cerebro. ¿Dónde tienes la goma para torniquetes?



Certamen Alberto Magno

¿Cerebro? ¿Qué cerebro?

—No te molestes. No tengo cerebro. Me lo han quitado esos hijos de puta.

—Joder, ¡cómo estás! Dáme el brazo.

Coge la goma que recogía su pelo y me ata el brazo. Aprieta fuerte. En otras circunstancias eso hubiera dolido, pero ahora mismo no siento nada.

—Déjalo, ya es tarde. A estas horas debe estar entrando en el hemisferio derecho.

—Ni hablar. No dejaré que esa mierda te llegue al cerebro.

—Te he dicho que ya es tarde.

Cojo la goma que amordaza mi brazo y la arranco de un tirón.

—Lo siento, tendrás que volver casa con el pelo suelto.

—Leiser, has estado a punto de morir. Si no se me ocurre pedirle la llave al casero estarías muerto. Joder, ¿no te das cuenta? Cuando he entrado por esa puerta y oía el pulsómetro pitar creía que esta vez te había perdido para siempre.

—Vaya, ¿desde cuándo te preocupas por mí?

—No tiene gracia, Leiser. Mira tus venas. Parece que van a reventar.

Las miro. Parecen cordilleras recorriendo mi brazo. La miro a ella. Eres preciosa. Otra vez me has vuelto a salvar la vida. Otra vez me he despertado viendo tus enormes ojos. Gracias, Crísalis.

—¿Qué escogiste esta vez?

—Una abducción o algo parecido.

—Una abducción. ¿No tienes suficiente con los capítulos de *Los invasores*?

—Ya ves que no. ¿Cómo has entrado?, creí que había cerrado la puerta con llave. Creo que los de Narcóticos me siguen la pista desde hace días.

—Deberías estar trabajando.

¿Trabajando? Ah, sí, la cadena de montaje. *Leiser, el jefe quiere verte, creo que esta vez te echa de verdad.*

—Me echaron ayer..., o un día de estos, no sé.

—¿Otra vez?

—Ya ves, últimamente los trabajos no me duran mucho.

—¿Qué tal estás?

—Me duele la cabeza, no siento el brazo izquierdo y cuando te mueves te veo a ratos.

—Realidad fraccionada, todavía no te has despejado del todo. Pondré agua a calentar y te daré un masaje en el pecho.



—Buena idea, pero no es necesario. No estaría bien que te aprovecharas de mí en esta situación.

—Parece que la genocaína te ha agudizado el sentido del humor, ¿eh?

—Te podría denunciar por acoso.

Me mira a los ojos y me besa en la mejilla. Durante los últimos tres años no he soñado con otra cosa que con besar esos labios. Se levanta y va hacia la cocina.

Estoy en sentado en el sofá. Las piernas están ancladas en la mesa y los pies descalzos. Los tengo fríos. Es de día. La persiana metálica que viste la ventana deja pasar lanzas de luz que van a clavarse en la moqueta. La botella de licor de mora sigue de pie en la mesa con el precinto intacto. Menos mal que no la abrí y decidí mezclarlo. La cápsula de genocaína sigue enterrada en el brazaletes. La llave de paso está cerrada. Consigo sacar la cápsula y a duras penas me quito el brazaletes. El pinchazo todavía deja escapar gotitas de sangre. Busco a mi alrededor algo con que tapar la herida. Sólo encuentro una hoja de periódico. Es la de anuncios clasificados y los números de teléfono de la sección de relax están rodeados por rotulador rojo. Doblo la hoja en cuatro partes, tapo la herida y flexiono el brazo.

—¿Pero qué haces con eso?, se te va a infectar!

Me estira el brazo. La hoja de periódico cae al vacío de la alfombra y cuando la miro no logro distinguir la tinta de rotulador de la sangre. Saca de su bolso un pañuelo de papel. Lo pone encima de la herida y enseguida empieza a teñirse rojo. Se mancha un dedo. Lo mira nerviosa.

—No te preocupes, Crísalis. Los brazaletes son siempre nuevos y sólo los uso yo.

—Lo siento, nunca logro acostumbrarme.

—Es mejor que no te acostumbres.

—De todas formas no tenía ninguna herida.

Me mira con una sonrisa preciosa mientras le quita a su dedo la caperuza roja.

—Quítate la camiseta, el agua estará lista en un momento.

—Lo haría si pudiera, pero no tengo fuerzas ni para levantarme.

—Deja, lo haré yo.

Se pone de rodillas en el sofá y mete sus manitas por debajo de la camiseta. Tira de ella hacia arriba mientras el contacto de sus dedos en mi piel me produce un escalofrío. Lo nota.

—¿Tengo las manos frías?

Me da igual la temperatura que tengan mientras pueda sentir las en mi piel.



—No, es que todavía me encuentro un poco aturrido.

Descanso la mirada en sus ojos, y por un instante la visión de su carita de ángel queda interrumpida por la tela blanca de la camiseta al salir por mi cabeza.

—Crísalis, no es necesario que hagas esto, de verdad.

—Leiser, no seas tonto, eres mi amigo. Esto te vendrá bien.

—Ya.

—Leiser.

—Dime.

—Prométeme que lo dejarás.

—Pídemelo que te prometa otra cosa porque ésta no puedo cumplirla.

La cafetera con agua rompe a pitar y por un momento creo que todavía estoy metido en un paranoia, que Crísalis en realidad no está ahora a mi lado y que el pulsómetro me avisa de que el viajecito esta vez me puede costar caro.

¿Qué estás haciendo, Marla? ¡Leiser!, ¿no te han enseñado a llamar a la puerta antes de entrar? Lo siento, se me ha olvidado; ¿quieres jugar conmigo al balón, Marla? Ahora no puedo, hermanito. ¿Por qué no puedes? Estoy ocupada. ¿Para qué es esa jeringuilla? ¿Qué tal el cole hoy? Bien, ¿eh?, dime, ¿para qué es esa jeringuilla? Eh... para... curarme. ¿Estás enferma? Sí, pero no es nada que no pueda curarse. ¿Desde cuándo estás enferma?, yo no te he visto mal estos días. Desde hace unos meses. Mira que siempre te digo que no salgas de casa sin la chaqueta, sabes que ahora por las tardes empieza a hacer frío. Oye, enano, soy yo quien te tiene que decir eso. Mamá decía que un catarro mal curado puede durarte semanas, así que no te preocupes. Ya, pero lo mío no es un catarro, Leiser. ¿Qué es entonces? Una cosa con un nombre muy raro que no entenderías. ¿Te duele? No... bueno, un poco. ¿Y con esa jeringuilla se te pasa? Eso es. ¿Me dejas cogerla? ¡No, Leiser, prométeme que nunca tocarás una de mis jeringuillas! ... ¡Prométemelo! Sólo quería jugar con ella. ¡Prométemelo! Vale, te lo prometo, pero no te enfades, Marla. No me enfado, cariño, sólo que no quiero que te pase lo mismo que a mí. ¿Por qué, es contagioso? Sí, es contagioso, pero sólo si tocas esta jeringuilla. Entonces, ¿podré seguir dándote un beso cuando quiera? Claro que sí, hermanito, ven aquí. ... ¿Ves?, no pasa nada. Marla. Dime. Si estás enferma, ¿por qué no vas al médico? Verás, cariño, porque no confío mucho en los médicos. ¿Te vas a morir, Marla? Todos nos vamos a morir. Pero quiero decir que si tú te vas a morir pronto. Eso no lo sabe nadie, cariño. Mamá y papá murieron demasiado pronto, ¿verdad? Sí, demasiado. ¿Por qué tuvieron que morir tan pronto? Porque así lo quiso Dios.



Pues Dios no debe ser una buena persona. ¿Por qué dices eso? Porque Dios tendría que querer que la gente muriese cuando ya son viejos, y mamá y papá no eran viejos. Bueno, Dios también comete errores. Pues Dios debería tener más cuidado.

El sol yace agonizante en el horizonte. La playa está desierta. Otro estupendo día de playa desperdiciado. Los vendedores ambulantes empiezan a recoger sus bártulos. Los predicadores desisten de hablar solos. Un borracho está vomitando en la arena. Un módulo de Narcóticos patrulla la calle. Voy limpio. No hay de qué preocuparse, por lo menos en el viaje de ida. Un mendigo me pide unas monedas. Le ignoro. Me insulta y la gente se da la vuelta para mirarme. Hay un hombre hablando con una señal electrónica. Me mira y me dice que si quiero hacerme amigo de los dos.

Todo esto lo veo ralentizado, como si estuviera viendo una película a dieciséis fotogramas por segundo. Es un síntoma post-paranoia. La realidad fraccionada. Los efectos de la genocaína sobreviven en mis venas doce horas después.

El apartamento de Camel da al mar pero eso da igual porque él nunca mira por la ventana. Es un edificio destartado enterrado en una alameda y a estas alturas los árboles estrechan sus ramas con las tablas de la fachada. Me acerco a la puerta mientras el entarimado del pórtico se apresura a darme la bienvenida con un crujido. Aprieto el timbre y me pongo delante de la cámara que está encima de la puerta. El piloto rojo se enciende y el chasquido de la cerradura me dice que empuje la puerta.

Entro. La bruma de las mañanas cumple cadena perpetua en casa de Camel, en el salón hay media docena de tipos fumando hierba en torno a la mesa y el humo es especialmente denso. Un séptimo aparece en la puerta que da al jardín con unas hojas recién cortadas. Se cierra la puerta por la que entrado y detrás de ella aparece Camel.

—¿Qué hay de nuevo, Leiser? No esperaba verte tan pronto.

Camel es un tipo alto y delgado. Siempre va vestido con una bata blanca y unos lentes luchan contra la ley de la gravedad para no precipitarse por su nariz aguileña.

—¿Tienes algo para mí?

—¿Bromeas?, para ti siempre hay algo en casa del *tío Camel*.

—Necesito algo urgentemente.

—Pues dismulas muy bien el *mono*. Aunque tú siempre fuiste el mejor disimulándolo. Dime, ¿qué quieres?

—Genocaína.

—De acuerdo, sígueme.



Certamen Alberto Magno

Le sigo. Por una módica cantidad Camel te permite viajar a otras realidades sin moverte de su salón con tan sólo conectarte a los canutos de aluminio que crecen en la mesa baja del salón.

Bajamos al sótano. Enciende la luz. Aquello parece el laboratorio de un alquimista, sólo que este alquimista trabaja con el mejor equipo y produce cosas de la mejor calidad. Le conozco desde la facultad. Éramos buenos conocidos hasta que lo echaron por utilizar las prácticas de laboratorio para hacer pastillitas de colores para los niños de papá.

—¿Qué tal resultó tu encuentro con los hombrecitos verdes?

—Regular. Y no eran verdes, eran grises.

—¿Grises? En los aglutinantes no metí nada que hiciera que fueran grises, ¡qué extraño!

—¿Sabes?, estuve a punto de palmarla.

Deja de jugar con los tubos de ensayo que permenecen ahorcados en sus soportes y me hace una señal para que me siente.

—¡Mierda, Leiser!, ¿mezclaste la dosis con alcohol?

—¿Bromeas?

—¿Ajustaste bien el pulsómetro?

—Perfectamente.

—¿Y no pitó?

—Más de lo que hubiera deseado.

—Déjame ver...

Se da la vuelta y saca de un cajón un manojo de apuntes y lee rápidamente unas letras garabateadas.

—... estabas en la colina desnudo contemplando la ciudad. Tenías un cuerpo que no era el tuyo. Supongo que lo de verte en otro cuerpo no te debió causar muchas complicaciones.

—Oye, tío, no necesito oír un *trailer* de mi paranoia, quiero me des una dosis.

—Responde a la pregunta, niñato: ¿pitó el pulsómetro cuando te viste reflejado en el aire?

—No.

—Bien. Luego echas a andar hacia la ciudad. Caminas pero notas cómo la ciudad permanece en el mismo sitio mientras la colina se va alejando, ¿me equivoco?

—Ahí tuve el primer aviso. Eso de caminar y no avanzar me puso un poco nervioso.

—Pero nada grave, ¿no?

—No.



—De acuerdo. Después viene lo de las luces que se convierten en estrellas y la ciudad-ovni y todo eso. Cierras los ojos, los vuelves a abrir y estás dentro. Ahora corrígeme si me equivoco. Estás tumbado y a tu lado hay cuatro hombrecillos verdes con grandes ojos alargados.

—Seis tipos con batas blancas y una goma gris cubriéndoles la cabeza. Hablaban entre ellos pero no oía lo que decían.

Levanta la cabeza de las hojas y me mira preocupado.

—¿Estás seguro?

—No me cabe la menor duda.

—¿Te extrajeron semen y sangre?

—Y el cerebro por la nariz.

—Bien, todo eso estaba previsto. Y el pulsómetro comenzó a pitar ahí.

—Así es.

—Eso también estaba previsto. ¿Cuándo sentiste que te ibas?

—Al ver mi cerebro delante.

—¿Y no redujiste la dosis?

—Lo intenté pero no pude.

—¿Cómo que no pudiste?

—No podía mover el brazo. Había un viejo que no me dejaba moverlo.

—¿Un viejo?

—Sí, un viejo.

—¿Vestía como el resto?

—No me fijé.

Vuelve a los apuntes y escribe algo que no alcanzo a ver.

—¿Y luego?

—Luego nada. Me desmayé.

—¿Sin cerrar el flujo de la dosis?

—La cerró Crísalis. Pasaba por allí. Oye, Camel, lo siento pero tengo prisa, dame una cápsula, te pago y me voy.

—Joder, Leiser, estuviste a punto de palmarla!

—La muerte no es una cosa que me preocupe especialmente.

—¡Pero esto también me incumbe! ¿Qué pasaría si la gente se entera de que mis dosis no siguen el guión? Sería el final para mi negocio.

—¿Qué crees que es?

—La única respuesta que le encuentro es que son filtraciones de tu subconsciente. Alguna imagen de tu infancia que tuviera que ver con un anciano. Y lo del color gris será por alguna alteración en los componentes de la dosis. Espero. Entonces, ¿no llegaste a lo de su planeta y la orgía en uno de sus burdeles?



Certamen Alberto Magno

—Ya te he dicho que me desmayé ahí. La dosis estaba mediada cuando me desperté.

—Comprendo.

—¿Tienes alguna idea de por qué no pude cerrar la dosis?

—Lo más probable es que algún aglutinante afectara a tu sistema nervioso provocándote una parálisis eventual. ¿Qué tal te encuentras ahora?

—Mal. Necesito una dosis urgentemente. Todavía veo la realidad fraccionada.

—Y aparte del *mono* y los efectos post-paranoia, ¿has notado alguna alteración en la perspectiva temporal?

—Creo que no.

—¿Qué día es hoy?

—Martes, 16.

—Sabes que cuando empieces a olvidar pequeñas cosas, ya sabes, dónde estuviste la noche anterior, en qué día vives y sobre todo, *sobre todo* cuando pierdas la percepción de los síntomas de la fase terminal, tienes que dejar de tomar genocaína. Olvidos de tu pasado inmediato, recuerda, desde tu primer chute hasta hoy.

—Tengo una memoria de elefante.

—Entonces podemos descartar que estés en fase terminal.

Se levanta y va hacia un armario. Teclea el código de apertura y tira de la puerta. Saca un maletín refrigerado y lo pone encima de la mesa. En uno de los lados hay un pequeño cartel: *Elija su propia paranoia*. Pone su dedo pulgar en la empuñadura, un rayo láser recorre las estrías de su dedo y el maletín se abre. Una nube de vapor helado escapa por los lados descubriendo una hilera de cápsulas perfectamente alineadas. Coge una de ellas y me la da.

—Toma, un poco de sexo te calmará esos nervios.

—¿Qué es?

—*El cartero siempre llama dos veces*, en versión porno.

—Gracias, Camel.

—Eh, es la versión de 1946. Pasarás un rato divertido con Lana Turner.

Las drogas y el cine de los años 30 y 40 del siglo XX son las dos únicas cosas que tenemos en común. Le dejo un fajo de billetes escrupulosamente doblados sobre la mesa. Mientras subo las escaleras le oigo decir que no me olvide de conectar el pulsómetro.

La casa sigue igual. Enciendo el viejo televisor y me dejo caer en el sofá. En el menú elijo un capítulo de *Los invasores* y saco del bolsillo la



cápsula de genocáina. Busco el brazalete. Lo encuentro debajo de un cojín. Lo ajusto a mi bíceps y espero a que la aguja busque la vena y se clave en ella. Cuando la encuentra una mueca de dolor resucita mi cara.

En el televisor unos extraterrestres con forma humana mueren en una silueta roja y chamuscada. Miro la cápsula, en alto, al trasluz y la muevo ligeramente viendo cómo el fluido resbala de un lado para otro. Extiendo el brazo y la meto en la matriz del brazalete. Abro la llave de paso. Alguien llama a la puerta. Pregunta si estoy en casa. Es Crísalis. Miro el brazalete, conecto el pulsómetro y cierro los ojos.

Sigo en el apartamento. El televisor ha desaparecido. En su lugar hay un poster en blanco y negro, a tamaño natural, de Lana Turner en un fotograma de la versión de 1946 de *El cartero siempre llama dos veces*. Ella es como un ángel aureolado por las arrugas del papel. Está embutida en un bikini blanco. Su mano izquierda sostiene un pequeño espejo de maquillaje. Segundos antes, su lápiz de labios había ido a parar a los pies de John Garfield. Su pelo rubio está preso de un pañuelo también blanco y enrollado a su cabeza, y sólo un mechón de la frente se atreve a huir de su cautiverio. Su mirada me sigue por cualquier rincón del apartamento, y esos labios cerrados y limpios de maquillaje parecen haberse abierto multitud de veces para adornar con voz mis fantasías.

Sin estar muy seguro de ello veo que Cora gira su cuello para mirarse en el espejo que sostiene en su mano. Se agacha y pierde su mano derecha en el lado inferior del póster y recoge el lápiz de labios que unos fotogramas antes se le había caído. Lo recoge, hace que sus dedos giren en torno a él y la barra roja surge como la erección de un quinceañero. Acerca la barra a sus labios y traza sobre ellos dos estelas rojas que se unen en una cuando aprieta los labios para retocarlos. Me mira y me dice que John Garfield era más galante que yo, que debería haberme levantado del sofá, recoger la barra de labios y decir que se le había caído eso y que ella diría que gracias. Esas palabras salen de su boca manchadas de rojo y por un momento giro la cabeza hacia la cocina buscando una hamburguesa quemándose en la plancha de freír.

Comienzo a notar la presión bajo mis pantanos e inclino la cabeza para cerciorarme de ello. Vuelvo a levantar la vista. Cora sigue allí. En blanco, negro y rojo. Sonríe y me pregunta que si creo que es un sueño, que si se equivoca o no. Un sueño muy real. A estas alturas de mi carrera como *yonki* soy relativamente consciente de lo que me pasa. Oigo cómo cierra el espejo de mano. La miro y ella levanta una pierna para cruzar el marco de papel que nos separa. Su sombra se arrastra por el suelo del salón a esconderse debajo del sofá. Está preciosa. Podía ser perfecta si no



fuera por sus rodillas. Nunca me gustaron aquellas rodillas sin esculpir. Pero este no es momento de ponerse quisquilloso. Me tira el espejo. Lo cojo y lo abro. Mi cara aparece encerrada en él, en el mismo espejo que ella sostuvo entre sus manos durante unos cuantos fotogramas magistrales. Lo cierro y me lo guardo en el bolsillo de la camisa.

Cora sigue de pie frente a mí. Se pasa el dedo anular por los labios y lo introduce manchado de rojo en su boca. Lo chupa, lo saca y se queda mirándolo. Me mira mientras lo mantiene en alto y se acerca preguntándome que si sé las veces que ha utilizado ese dedo, que las mujeres siempre tienen uno preferido. Y me pregunto si Cora sería capaz de decir en realidad esa ordinariez o es una licencia que Camel se ha tomado con los aglutinantes.

Yo permanezco sentado en el sofá y empiezo a sentir las palpitaciones de su pecho. Lleva sus manos a mis hombros y me empuja hasta que mi cuerpo cae sin oponer resistencia. Se quita los zapatos, los lanza al aire y van a aterrizar en barrena debajo de la mesa. Se sube al sofá y se sienta en mi cintura. Mi polla ya está lo bastante hinchada como para que las costuras de la bragueta se las vean y se las deseen para mantenerse unidas. Se lleva las manos a la cabeza y busca la pinza que sujeta su pañuelo. La encuentra y tira de ella. Su pañuelo se desliza por sus hombros mientras a su paso deja libre los mechones rubios de su pelo. Coge la pinza y la sujeta entre sus labios. Mira la expresión de mi cara mientras enreda el pañuelo a su cuello. El pelo está desordenado. Le da un aire salvaje que hace que mi pene crezca a pasos agigantados. Me aventuro a mirar su escote y puedo ver cómo sus pezones crecen para abrirse paso por entre los pliegues del bañador. Esconde los brazos en su espalda y desabrocha el cierre que mantiene sus pechos escondidos tras la prenda. Y es en este preciso instante cuando juraría que en la película Cora llevaba un vestido corto de dos piezas ajustado en lugar de un bañador. Y pienso en decirle a Camel la próxima vez que le vea que ha pasado este detalle por alto y que tenga más cuidado al hacer las adaptaciones. Regreso a Coray veo cómo deja que sus brazos vuelvan a su posición natural mientras el bañador se precipita por sus tetas y va a parar a mi pecho.

Nunca pensé que aquellas tetas fueran tan grandes. Sin duda alguna, el bañador no las hacía justicia. Los pezones están duros como piedras y apuntan a mi lengua como faros en busca de un barco solitario y perdido en alta mar. Deja caer sus manos en mis pectorales y las desliza por entre las arrugas de mi camisa. Aparta el bañador, que no se había atrevido a moverse de mi pecho, y lo lanza a la pantalla de la lámpara sumiendo la estancia en un amarillo mortecino. Pasea sus dedos por los botones de



mi camisa. Desabrocha el primero y con una violencia salvaje arranca los que quedan de un tirón. Me agarra de los hombros y me acerca a ella. Con un suave movimiento de manos aparta mi camisa y deja que mis hombros queden al descubierto. La camisa desemboca en mi cintura con tres botones arrancados y ahorcándose en el ojal. Cora se echa hacia atrás y deja en evidencia el esplendor de sus tetas. Los pezones parecen escarpas sobre los que colgar *La rendición de Breda*. Su espalda se arquea tanto que tiene que recurrir a sus brazos para apoyarse. Se incorpora. Eleva una mano y la dirige al pezón derecho en un vertiginoso aterrizaje. Lo acaricia lentamente mientras cierra los ojos y deja que su lengua brote de su boca como una serpiente.

Se levanta de su abultado asiento y apoyada en las rodillas abre los ojos y dice que le quite lo que queda del bañador. Lo que queda del bañador era la parte más deseada y besada de ese cuerpo durante 1946. ¡Ella me lo está pidiendo! ¡Me está insinuando que esa pieza del bañador le está molestando y que arde en deseos de sentirse liberada de ese yugo de seda! ¿Y quién soy yo para negarme a los deseos de Cora? Acercó mis manos a su cintura y las poso en esas caderas, obras maestras de ingeniería. ¡La estoy tocando! ¡Mis manos están tocando las caderas de Cora! ¡Las mismas caderas que John Garfield no pudo tocar en toda la película por exigencias del guión y la censura! ¡Son mías y están en mis manos! Dejo que las palmas desciendan hasta que se tropiezan con la seda blanca, pero ésta no opone resistencia a la trayectoria de mis manos y desciende lentamente como un telón de fondo. A medida que baja siento más el calor de sus muslos. La delicadeza de su piel. Su culo. Y allí está. Un coñito precioso. Rubio como la mala suerte de un actor. Está humedecido y una gotita de lubricante juega a ser un niño bajando por el tobogán de su entrepierna. Es como un caracol que a su paso deja una estela plateada y cristalina fruto del placer.

Mis manos se paralizan contemplando semejante obra de arte y el bañador se para a medio camino de sus piernas como un funicular olvidado en la soledad de su cable. Ella deja de jugar con sus pezones y, con un movimiento rápido y eficaz, se sienta encima de mi po ¿Cora? Ha desaparecido. Miro el brazalete y compruebo que no hay obstrucción en el paso de genocáina. La cápsula sigue vaciándose en mi vena. Miro a mi alrededor. Un individuo está enfrente del televisor cambiando insistentemente de canal.

—¡Eh, tú! ¿Qué coño estás haciendo?

—¡Ah, hola, Leiser! ¿Sabes en qué canal echan *Los Invasores*? Me he paseado por todos los canales de la Tierra y no consigo dar con ellos.



¡Sabe mi nombre! ¡Mierda, es de Narcóticos, me están siguiendo! Miro a mi alrededor. Sólo hay uno. El resto debe estar abajo. Me levanto rápidamente y corro a la cocina. Abro el cajón de los cubiertos y saco mi revólver.

—Muy bien, amigo, dáte la vuelta lentamente.

Sigue frente al televisor como si no hubiera oído nada. Su cara se ilumina intermitentemente cada vez que cambia de canal.

—¡He dicho que te des la vuelta!

—Tranquilo, Leiser, sólo estaba cambiando de canal.

¡Es el viejo de la paranoia!

—Leiser, ¿qué modales son esos de llamar así a una persona mayor?

—¿Qué?

—Que no es necesario que me faltes al respeto llamándome viejo, chaval.

¡Maldita sea, es esta mierda! ¿Qué me está pasando?

—No, Leiser, no es la genocáina.

¿Cómo coño sabe lo que estoy pensando?

—Baja eso, anda, no te vayas a hacer daño.

—¿Quién eres tú?

—¿Qué importa eso?

—Desde que te estoy apuntando con esto sí que importa.

—No tendrás por ahí algo para beber, ¿no? Tengo la garganta seca.

—Encima del televisor hay una botella de licor sin abr... ¿pero qué coño estoy diciendo? ¡Te he preguntado quién eres, coño!

—No soy de Narcóticos si es eso lo que te preocupa.

—¿Cómo puedo saber que lo que dices es cierto?

—Pues no sé, ahora mismo no se me ocurre nada para demostrártelo.

—Joder, tío, ¿cómo has entrado aquí?

—Por la puerta. El casero me ha dejado la llave.

Tendré que hablar con el casero sobre el tema de la llave.

—¿Qué es lo que quieres?

—Venía a ver *Los Invasores*.

—¡Mira no me toques los cojones, que me estás calentando, ¿a qué has venido?!

—Permíteme que me siente, a mi edad uno ya no está para muchos trotes. ¿Tú no estás cansado?

—Lo suficiente como para que esta mierda me tenga en pie durante unas horas. Mira, abuelo, si no empiezas a contar por qué has venido aquí vacío el cargador en tu cabeza.



—Ya veo que esto no progresa. Tienes mucho sueño y te duermes.

Me despierto pero no abro los ojos. Me he quedado dormido. Pienso en mis últimos minutos de consciencia. Tengo que hablar con Camel. Sus dosis de genocaina vuelven a saltarse el guión. Abro los ojos y miro el brazalete. La cápsula está vacía y el pulsómetro conectado. Esta vez no ha pitado.

Me levanto del sofá y voy hacia la ventana. Las sombras de la calle se estrellan contra la fachada de mi apartamento, la playa se hunde más allá del asfalto y, a lo lejos, el sol huye desfavorido de otro puto día.

Marla, he encontrado unas bolsitas entre los cojines del sofá. ¿Qué bolsitas? Éstas, están llenas de algo que parecen polvos de talco. ¡Dámelas! ¿Por qué, Marla?, las he encontrado yo. ¡Te he dicho que me las des! Está bien, pero no me grites, sabes que no me gusta que me grites. ¿Has abierto alguna de estas bolsas? No, están cómo las he encontrado. No se te habrá ocurrido chupar este polvo, ¿verdad? Te he dicho que no las he abierto. ¿Seguro? Seguro. De acuerdo. ¿Qué es, Marla? Es la medicina para curarme. Últimamente estás muy nerviosa. Es para eso, un poco de este polvo y se me quitan los nervios. ¿Entonces podría tomar un poco para cuando la profesora me pregunte la tabla de 7? Ni se te ocurra, ¿me oyes?, ni se te ocurra. Vale, lo que tú digas. Es mejor así. ¿Se te va curando la enfermedad? Sí, no te preocupes, voy a mejor. Me alegro, quiero que puedas ir a la representación de teatro del cole para Navidad. No te preocupes, pastorcillo, allí estaré.

Cojo el coche y me dirijo por la carretera de la costa a *Barataria*. Es un local grande al borde del acantilado abierto todas las noches para los noctámbulos que no pueden pegar ojo. Para los que no quieren pegarlo hay otros métodos para mantenerse en pie.

El aparcamiento está salpicado por una decena de coches. Aparco el mío entre un *Bentley* del 28 y un *Mercedes* descapotable del milenio.

La música escapa del interior buscando el frescor de la noche: «Born Slippy» de *Underworld*. El portero me deja pasar. Ya me conoce. La pista de baile está infestada de gente y hologramas de gente. Sancho dice que prefiere cumplir el tercer grado en el Centro de Rehabilitación a ver su pista de baile medio vacía. Las proyecciones holográficas evitan que eso suceda. Una morena con un culo esculpido en mármol y cubierto por terciopelo rojo me mira, se contonea y me hace señas para que me acerque. La ignoro. Voy hacia la barra. Me siento en el taburete más próximo a la cabina del disc-jockey. Desde aquí veo el cuerpo de Crísalis hundido en los sofás del fondo. Entre las manos sostiene un vaso de algo que parece agua. No me ha visto. Le doy la espalda y mi cara aparece reflejada



Certamen Alberto Magno

en el cristal de la cabina. Goldie está encerrado en ella destripando carcasas de CDs. Unos cascos abrigan sus orejas mientras inclina la cabeza sobre el reproductor. Comprueba el corte y lo deja correr. Es un clásico de *Kraftwerk*. Levanta la cabeza y se da cuenta de que estoy aquí. Abre la puerta y me hace señas para que entre.

—Coño, Léiser, ¿qué es de tu vida? Hace semanas que no te veo el pelo.

—Últimamente no he estado muy bien.

—Escucha lo que he encontrado en el rastro entre una pila de cómics.

Va hacia una de las estanterías en las que están hacinados cientos de CDs y saca uno. Lo mete en el reproductor, sube la regleta de los auriculares y deja que suene en mis oídos. Y suena bien.

—Esta joya sólo está al alcance de una decena de disc-jockeys en todo el país.

—«Settig sun» de los *Chemical Brothers*.

—Plagiado del «Tomorrow never knows» del Revolver. Ya nadie se acuerda de esto.

—El tiempo pasa y entierra los recuerdos. Sólo la música te ayuda a revivirlos.

—Y dime, ¿qué has hecho todo este tiempo?

—Nada en particular. ¿Dónde está Sancho?

—Metiéndose algo en la bodega.

La bodega de *Barataria* alberga algo más que vino. Es un cuarto pequeño flanqueado por interminables filas de cajas de bebidas. En el centro hay una mesa de espejo rodeada de sillas, en lo alto una bombilla ahorcada en un cable de medio metro de largo.

Sancho es un cocainómano gordo y bonachón. Está inclinado sobre la mesa con dos tipos que no conozco. Encima de la mesa hay unas rayas de cocaína pulcramente surcadas. Una de ellas desaparece lentamente en la nariz de Sancho. Los dos tipos se sobresaltan al verme entrar. Sancho les tranquiliza diciéndoles que soy del mismo bando pero optan por salir de la bodega lo más rápido posible.

—Odio la desconfianza, Léiser. La palabra de uno ya no vale nada. Ya no se fian de nadie, esto cada vez se está poniendo más difícil. Méte-te una, es buena de verdad.

Me acerco a la mesa. Me siento en una silla, cojo uno de los cilindros de aluminio, inclino la cabeza y aspiro.

—¿Qué te decía? De lo mejorcito que puedes encontrar hoy día.

—Es buena, Sancho.



—Por eso siempre te ofrezco una raya, Leiser, porque confías en mí. ¿Estás limpio de sintéticas o genocaina?

—Desde hace 32 horas.

—Entonces echaremos un trago.

Se levanta, va hacia una de las cajas de whisky y saca una botella. Sale de la bodega y vuelve con dos vasos de la barra y un cubo con hielo. Los pone encima de la mesa, estrangula el cuello de la botella y me llena el vaso.

—¿Qué tal, chaval?

Siempre me llama chaval. Sancho es la única persona de más de cuarenta años con la tengo relación.

—Mal, Sancho, mal. La genocaina me está matando.

—La genocaina. Tienes que dejar esa mierda, chaval, no es bueno.

—Mira quién lo dice, un cocainómano.

—Un cocainómano que pasa de los cuarenta y que lleva más de veinte casado la nieve. Y tan lúcido como el primer día. Pásate a otras cosas, chaval, pero deja la genocaina.

—Ya es tarde para poder dejarlo.

—Entonces vive feliz mientras puedas.

Echo un trago que diezma el vaso. Cojo unos hielos con la mano y los dejo caer en el interior. Sancho coje la botella, me vuelve a llenar el vaso y hace lo mismo con el suyo.

—¿A quién se la compras?

—A Camel.

—Veo que sigues con la calidad. Ese hijo de puta se lo ha montado bien, aprovechó al máximo esos dos años en la universidad.

—¿Qué tal va el negocio?

—No me puedo quejar, la media entrada la consigo todas las noches y la otra media la consigo con los hologramas.

—Sólo que los hologramas no consumen.

—Pero atraen clientela. El otro día me trajeron un cartucho de una morena despanpanante vestida de rojo que causa furor. ¿La has visto al entrar?

La del culo de mármol.

—No.

—Tienes que conocerla, es bestial. Alguno van tan colocado que se cree que es de verdad. La invita a tomar algo, ella pide algo caro, él para no ser menos pide lo mismo y ya está amortizada la diferencia. Luego, cuando el tío está tan borracho que no puede pagar más le saco fuera y ella vuelve a la caza.



Certamen Alberto Magno

—Siempre te lo has sabido montar bien. Oye, no te vayas a enamorar de una de esas realidades virtuales, ¿eh?

—¿Bromeas?, ya me he tirado a todo el repertorio de cartuchos. No son como las paranoias porno de genocaína que diseña Camel pero no están mal.

—No están mal.

—¿Qué tal te desenvuelves en el trabajo?

—Me echaron.

—¿Andas mal de dinero?

—Ningún problema de momento.

—Necesito a alguien en la barra...

—Gracias, pero no. Me voy, Sancho, gracias por... el aperitivo.

—De nada, chaval. Ya sabes que aquí tienes a alguien con quien contar.

Me despido de Goldie. Está poniendo algo de *Letfield*. Me mira y levanta el dedo hacia los altavoces. Sonríe y le digo que gracias. Salgo al aparcamiento. Una brisa fresca se pasea entre los coches. Voy hacia el mío pero decido sentarme un rato al borde del acantilado. Bajo mis pies las olas se suicidan contra las rocas profiriendo alaridos siseantes. El mar está negro. El cielo está negro. Y no se dónde acaba uno y empieza otro. Las cosas empiezan a torcerse últimamente. Noto cómo el corazón se las ve y se las desea para llegar a cada pulsación. Tarde o temprano tenía que pasar. Se ha quedado una noche bonita, ¿eh?

—¿Quién?

Yo.

—¿Quién es *yo*?

Un paisaje sobrecogedor, ¿no crees?

—¿Dónde estás?

Sentado al lado tuyo pero no te molestes en mirar porque no me vas a ver. Miro a los lados, estoy solo. Ya te lo he dicho.

—¡Maldita sea, Sancho, ¿qué mierda me has dado?!

No le echas la culpa a Sancho, él no tiene nada que ver con esto.

—¡¿Quién coño hay ahí?!

¿Quieres dejar de hablar en voz alta?, parece que estás en fase terminal, y eso es muy peligroso estando por aquí los de Narcóticos. Joder, Camel no dijo nada de voces dentro de mi cabeza, será mejor que me vaya.

—Hola, Leiser.

Crísalis aparece detrás de mí.

—¿Con quién estabas hablando?



—¿Yo, hablando?, con nadie.

—Vamos, Leiser, estabas hablando con alguien.

—¿Con alguien, tú ves a alguien por aquí?

Se asoma al acantilado y mira al vacío.

—Juraría que te había oído hablar.

—Te habrán metido algún alucinógeno en la bebida.

—Te he visto al salir, ¿no me has visto dentro?

—No.

—¿Qué haces aquí sentado?

—Mirando el infinito.

—Mírame.

La miro a los ojos por enésima vez desde que nos conocemos.

—Límpiate, la nieve se te está saliendo por la nariz.

Vuelvo la cabeza y me paso, nervioso, el dorso de la mano por la nariz. Me sigue mirando.

—¿Qué pasa!?, sólo era un poco de coca.

—El problema es *ese poco*.

—¿Cómo es que has venido?

—Necesitaba despejarme un poco.

—¿Y has venido a despejarte a *Barataria*? Chica, creo que estás peor que yo. ¿Has venido sola?

—Pasé a buscarte pero no estabas, así que supuse que estarías aquí.

—Supusiste bien.

—¿Qué tal te encuentras?

—Tirando.

—¿Cuántas horas llevas limpio?

—Oye, ¿has venido aquí para darme una de tus charlas moralizantes?

—Si con ello te puedo salvar la vida, sí.

—¡Oh, qué bonito!, ¿en qué teleserie lo has oído?

Se sienta junto a mí y mira el horizonte sin decir nada. No le ha gustado mi contestación. A nuestras espaldas se oye lejana la melodía de sintetizador del «Crockett's theme». Empiezo a sudar ligeramente y la brisa sume mi cuerpo en un escalofrío. Ella está preciosa. Sabe que la estoy mirando, pero mantiene su mirada al frente. Un mechón de pelo se le desboca ligeramente y se agita sobre su naricilla, lo aparta con la mano y lo coloca detrás de su oreja.

Se lleva la mano al bolsillo, saca un mechero y una cajetilla de tabaco y con un golpe seco sobre la base hace surgir un cigarrillo. Lo agarra con los labios, enciende el mechero y su cara se ilumina. Lleva la llama al extremo del cigarrillo y le da una calada. Un lunar incandescente surge en



su efigie, abre la boca ligeramente y de ella sale un penacho de humo que asciende por su perfil hasta desaparecer en lo alto.

Y en estos momentos sólo deseo un giro de su cuello al que siga una mirada que diga que seguirá siendo mi amiga a pesar de mi carácter. Pero sólo veo una lágrima que se desborda de sus ojos y que se precipita vertiginosamente por su mejilla. Y soy tan cobarde que, aunque deseo hacerlo, no me atrevo a pedirle perdón, y me levanto y me voy de allí tan rápido como pueda evitar que me oiga llorar.

¿Qué haces aquí?, deberías estar viendo *Los Invasores*. El capítulo de hoy ya lo he visto, Marla. ¿Por qué no sales un rato a jugar al jardín? Está lloviendo. Pues sube a tu cuarto a ordenar tus cómics de Spider-Man. No me apetece, quiero estar contigo. Ahora no puedo, hermanito, será mejor que me dejes sola. ¿Por qué, vas a volver a jugar con la cuchara y el mechero? ¿Me has visto hacerlo antes? Sí, muchas veces. No está bien que espíes a los demás. Sólo estaba viendo cómo te preparabas la medicina, no estabas haciendo nada malo, ¿no? Claro que no. Entonces, si no estabas haciendo nada malo no importa que te espíe, ¿no? No es así, Leiser; espiar a la gente no está bien nunca. Ah, ¿sí? Sí. ¿Te ibas a preparar la medicina ahora? Sí. ¿Me dejas sostenerte la cuchara hasta que el polvo se haga agua? Es mejor que no. ¿Y llenar la jeringuilla? Tampoco, no quiero que aprendas a hacer esto. ¿Ni siquiera me vas a dejar para mi tirachinas la goma que te pones en el brazo? Te daré una nueva, ¿vale? Vale, oye, Marla, que digo yo que tendré que aprender a tomarme esa medicina para cuando me ponga enfermo. Tú nunca tendrás esta enfermedad, hermanito.

Ja.

Hola, anoche no pudimos hablar mucho. ¡Otra vez! Sí, otra vez. Maldita sea, no puede ser, hace dos días que no tomo genocaína. La genocaína no tiene nada que ver. Llamaré a Camel, a ver si tiene una explicación y algo que me quite esta voz de la cabeza. No te molestes, no lo encontrarás en casa. ¿No, y se puede saber dónde lo puedo encontrar? Lo han pillado, está detenido en el Centro de Rehabilitación. Mentira. Verdad. ¿Cómo lo sabes? Lo sé, y no necesitas saber cómo. ¿Quién eres? Alguien. ... Mi nombre da igual. ¡Mierda, eres uno de esos hombrecillos verdes; existís, es cierto que estáis aquí!, coño, ¿dónde hay un espejo?, seguro que tengo un implante en la nuca, espera, no te vayas, ahora vuelvo, tiene que estar por aquí, lo dejé por algún lado, aquí está, a ver, nada, no se ve nada; bueno, es comprensible, es un buen trabajo, al fin y al cabo ni siquiera uno mismo se tiene que dar cuenta de que lleva un microchip en la nuca, o... ¡en cualquier otra parte!, ¿dónde me lo habéis puesto?, ¿en



la mano?, ¿en la planta del pie?, ¿en la polla?, ¡dime!, ¡¿dónde?! ¡Ha sido en la polla, ¿eh?! No tienes ningún implante extraterrestre. Ya, supongo que estaréis entrenados para que en caso de que os pillen negarlo todo. ... Pero ¿qué coño estoy diciendo?, esta mierda me está volviendo loco. No es esa mierda lo que te está volviendo loco. ¡Sal de mi cabeza, seas lo que seas! De acuerdo. ... ¿Oye? ... ¿Estás ahí? ... Por fin.

—¿Dónde quieres que me ponga?

—¿Qué?

—Que dónde quieres que me ponga. Si no me dejas estar en tu cabeza tendré que estar en algún sitio.

Joder, esto es cierto. Aquí hay alguien.

—Claro que hay alguien. ¿Dónde me pongo?

—En cualquier sitio dónde pueda verte, si es que se te puede ver.

—¿Te parece bien en la televisión?

—Perfecto.

La televisión se enciende sola y en ella aparece la imagen del viejo. Yo estoy de pie frente a ella con el espejo colgando de mi mano. Me acerco a la pantalla. Todavía no sé exactamente si lo que estoy viendo me está pasando en realidad.

—*Claro, que te está pasando.*

—¿Qué?

—*Que esto te está pasando en realidad.*

—¿Sabes qué es lo que estoy pensando?..., quiero decir... que si puedes leer mi pensamiento.

—¿*Tú qué crees?*

—Yo ya no creo nada. ¿Quién coño eres, qué quieres de mí?

—*Nada.*

—Entonces, ¿por qué haces esto, por qué te metes en mi cabeza?

—*Todavía dudas de que esto esté pasando.*

—Mira, soy adicto a la genocaina y eso significa estar abonado a la ficción durante el resto de tu vida.

—*Tu amigo Camel y otros tres tipos han sido detenidos por Antinivicio. Han matado a Camel en uno de los pabellones del Centro de Rehabilitación. Muerto por disparo en la cabeza. La versión oficial dice que ha muerto por sobredosis. Era un estorbo que los de Narcóticos querían quitarse de en medio desde hace tiempo.*

—¿Qué?

—¿*Me vas a hacer repetirlo otra vez?*

—¿Cómo sé que lo que dices es cierto?

—*Llama a su casa. Los otros tres han sido puestos en libertad. A uno de ellos le conoces.*



Certamen Alberto Magno

Cojo el teléfono y marco el número. Suena tres veces.

—¿Quién?

Es Goldie.

—Soy Leiser, ¿dónde está Camel?

—¡Maldita sea, Leiser, esos cabrones lo han matado, lo han matado, Leiser!

—¿Quiénes?!

—Los hijos de puta de Narcóticos. ¡Han tirado la puerta abajo y nos han llevado a los pabellones del Centro de Rehabilitación! ¡Joder, Leiser, Camel estaba limpio cuando salió de aquí y dicen que ha muerto por sobredosis!

—¿Le habéis visto?

—A él lo metieron en una sala de interrogatorios y a nosotros en otra, cuando nos pusieron en libertad nos dijeron que había muerto. ¡Cabrones, todo es una puta farsa, ni siquiera nos dejaron ver el cuerpo!

Cuelgo el teléfono y miro al viejo en la pantalla. Cambio de canal y le veo al lado de una mujer que abraza un bote de suavizante para la ropa y dice que no lo cambiaría por dos de otra marca, ni por tres siquiera. Aprieto otro botón y aparece junto a Griffin Dune y Rosanna Arquette en *After Hours* en la secuencia del café. Vuelvo a cambiar de canal y aparece delante de un montón de cuerpos mutilados por alguna tribu en alguna parte del mundo, al lado de él hay un periodista que dice que eso que podemos ver en la parte inferior de la imagen es el cerebro de una niña indígena de siete años.

—¿Me crees ahora?

—¿Por qué me cuentas esto?

—Tú me lo has pedido.

—Joder, ¿qué quieres?

—Nada.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Hacerte una visita.

—¡No me jodas, hombre, déjame en paz!

—Como quieras.

El televisor se apaga. Ya no está. Se ha ido. Quienquiera que sea, se ha ido. Necesito un poco de genocaína y sé dónde encontrarla.

Cojo el coche y llego hasta la casa de Camel. La puerta está abierta y del interior sale una espesa humareda. Entro y veo a Goldie fumando marihuana con varios amigos de Camel. Éste es su pequeño homenaje a una gran persona. Goldie me ve y trata de levantarse pero no lo consigue. Bajo las escaleras del laboratorio. Voy hacia el armario. Está abierto.



Miro el maletín. Está vacío. Hay una nota sobre los moldes de espuma que hasta entonces habían contenido cápsulas de genocaina. La leo. Dice que no olvide recogerle el correo mientras esté fuera. ¡Qué listo eres, cabrón! Gracias. Salgo de la casa y vuelvo al apartamento. Entro en la portería. El casero está sentado desplegando un póster de una revista porno.

—¿Hay algún paquete para mí?

Vuelve a doblar el póster y lo deja encima de la mesa.

—Sí, acaba de llegar esto.

Me da un paquete. Mi nombre y dirección aparecen en un costado. Detrás, en el remitente, una frase. *El cartero siempre llama dos veces*. Es de él. Subo a mi apartamento. Cierro la puerta con llave y abro el paquete. Debajo del papel de embalaje hay una caja de cartón. La abro. Dentro de ella hay una nota y una veintena de dosis de genocaina. Leo la nota. *El riesgo forma parte del juego, pero no olvides conectar el pulsómetro. Camel*. Gracias de nuevo. Cojo una dosis. Ni siquiera miro el contenido de la paranoia. Coloco la cápsula en el brazaletes, conecto el pulsómetro y cierro los ojos. Por ti, amigo.

¿Marla? ... Abre la puerta, Marla, tengo que cepillarme los dientes. ... Vamos, Marla, voy a perder el autobús y hoy tengo clase de dibujo. ... ¿Marla? ... Si no abres ahora mismo la puerta llamaré al casero y la romperé. ... Conque no, ¿eh?, pues ya verás. ¡Leiser! Menos mal, ya creí que no abrías. Llama a una ambulancia, Leiser. ¡Marla!, ¿qué haces tirada en el suelo?, ¿qué te pasa, Marla? Llama al 120 y pide una ambulancia. ¿Estás mal? ¡Házlo! Voy, voy, no te preocupes, llamaré a una ambulancia. Corre, date prisa. 1-2-0 ¿sí, es ahí lo de las ambulancias? ... mi hermana está muy enferma en el baño y me ha dicho que les llame ... calle Jackson, 2.300 ... dénse prisa, por favor. Ya está, Marla, ya vienen. Estupendo. ¿Qué te pasa? Estoy enferma. Eso ya lo sé, tonta, digo que por qué estás tan mal ahora. Porque tenía que estarlo tarde o temprano. ¿Te has puesto la inyección, Marla? Acabo de hacerlo, hermanito. ¿Es ésta de aquí? ¡No la toques! Vale, no la toco, pero no te preocupes, si te has puesto la inyección te pondrás bien enseguida. Sí, Leiser, y podremos volver a jugar al balón juntos. Claro, y a las canicas, y a los calendarios, además, me prometiste que vendrías a la representación de teatro de Navidad. ¿Recuerdas dónde te dije que fueras si por casualidad algún día me pasaba algo? Sí, me dijiste que fuera a casa de la señora Iris. Tía Iris. No es nuestra tía, Marla, además, mamá no quería que hablara con esa señora, decía que no era una buena persona. Leiser, mamá y papá ya no están aquí y si a mí me pasara algo esa sería la única persona que te quedaría en este mundo. Ya, pero como a tí no te va a pasar nada, no hace falta



Certamen Alberto Magno

que vaya a dónde ella porque te has puesto la inyección de medicina. Lo sé, pero quiero que me prometas que si me ocurre algo vayas adónde tía Iris. Te lo prometo. Enséñame las manos. ... Ahora prométemelo sin cruzar los dedos. Está bien, te lo prometo. De acuerdo. Marla, te cuesta respirar, ¿quieres que te abanique con la toalla? No hace falta, hermanito. ¿Sabes?, tengo una amiga en clase, se llama Altea, lo sé porque he visto su nombre escrito en su cuaderno, y hoy me ha pedido que le deje la goma de borrar; es muy guapa y creo me gusta; bueno, en realidad no es mi amiga del todo porque lo único que me ha dicho es si le dejo la goma, pero me lo ha dicho con una sonrisa y cualquier chica no pide una goma de borrar con una sonrisa porque no hace falta; pero creo que a mí me ha sonreído porque creo que también le gusto, porque si no ¿por qué me pediría la goma sonriéndome, no crees?; además, delante de ella también hay un chico con una goma de borrar, y más bonita que la mía, de esas que relucen en la oscuridad, pero ella ha preferido darse la vuelta y pedírmela a mí; digo yo que le parecería un chico simpático y me la pidió y ya está; yo se la he dejado, claro, y cuando me la ha devuelto mis dedos han rozado su mano y he sentido una cosa muy rara pero que me ha gustado, no creas; al terminar la clase he salido delante de ella y cuando ya me iba hacia el patio ella me ha llamado por mi nombre y me ha dicho adiós; me pregunto cómo habrá sabido mi nombre porque yo no lo tengo puesto en los cuadernos, y por eso también creo que le gusto porque si no no se preocuparía de saber cuál es mi nombre, ¿no crees? ... ¿Marla, no crees? ... ¡Te has dormido, no has escuchado nada de lo que te he dicho, ¿verdad?! ... Marla, ¿has escuchado algo de lo que te he dicho?, mira que no te lo pienso repetir, sabes que me da mucha vergüenza contar estas cosas. ... ¿Marla? ... ¡Marla! ... ¡Despierta! ... ¡Vamos, Marla, despierta, abre los ojos y dime algo! ... ¡Dime algo, Marla, me estás asustando! ... Por favor, despierta, Marla, no tiene gracia, me estás haciendo llorar, ¿ves?, ¡dime algo! ...

Hola. ¡Ah, eres tú! ¿Qué haces sentado en la playa? Es el único sitio al aire libre en el que puedes estar solo. Es un bonito atardecer, ¿eh? La hora del día que más merece la pena vivir. ¿Qué tal estás? Vivo. Te sientes solo. Así es cómo lo quiero. ¿No has vuelto a hablar con Crísalis? No, ¿sabías que es lesbiana? Lo sabía, Leiser. Me enamoré de ella, se lo dije y ella me contestó que no podía ser, que el amor la condujo a las mujeres. Es una buena persona. La mejor que he conocido nunca. ¿La sigues queriendo? Más que a nadie en el mundo. Comprendo. ¿Crees que habría alguna posibilidad de que ella me...? No. ¿Cómo estás tan seguro?, yo a pesar de mi adicción a las drogas soy una bella persona. La Natura-



leza te ha dejado fuera de sus planes, Leiser. Pero ella me sigue queriendo como amigo. Ella suele pensar que tú eres la persona por la que merece la pena la amistad. ¿De verdad piensa eso? Nunca se ha atrevido a decírtelo por miedo a que te rieras. Ya, esta bocaza siempre me pierde. Tú lo has dicho. Es guapa, ¿eh? Es preciosa. Es una pena que la Naturaleza la haya desperdiciado de esa forma. ... Lo siento, no quería decir eso.

—¡Leiser!

—¿Puedo pasar?

—Claro. Es la primera vez que llamas a esta puerta, ¿sabes?

—Nunca había tenido la necesidad de hacerlo.

—Siéntate. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. Perdóname, Crísalis, por favor.

—¿Por qué?

—Por ser cómo soy.

—Me gusta cómo eres.

—Dime que me perdonas.

—Te perdono.

Se acerca a mí y me da un beso en la mejilla.

—Gracias.

—No hay de qué, cariño.

—De verdad, perdóname.

—No te preocupes por eso, estás perdonado.

—...

—...

—¿Sabes lo de Camel?

—Claro, yo estaba contigo cuando le sacaban esposado de casa.

—¿Cómo?

—Que vimos cómo se lo llevaban los de Narcóticos.

—¿Cuándo?

—La semana pasada, el viernes.

—Imposible. Yo me he enterado hace un momento.

—Leiser, Camel lleva muerto cuatro días, tú mismo le viste por última vez el viernes.

—No puede ser, yo lo he sabido hace unas horas, me lo dijo el viejo, llamó a su casa y Goldie me dijo que lo habían matado.

—Cariño, tú y yo estábamos en su casa cuando una circular de Narcóticos nos notificaba su muerte. Goldie y otros tres amigos suyos estaban con nosotros.

—¿Yo vi cómo se lo llevaban?

—Pasábamos por delante de su casa y lo vimos todo, Leiser.



Certamen Alberto Magno

—...

—Joder, Leiser, no te acuerdas. ¡No te acuerdas! ¡Estás en fase terminal, la puta genocaína te ha llegado al cerebro, cariño! Tenía que pasar, tarde o temprano te tenía que pasar. ¿Estás seguro de que no te acuerdas?

—...

—Seguro que sí, el viernes por la tarde, íbamos juntos al supermercado y al pasar por delante de la casa de Camel vimos una patrulla de Narcóticos, luego salían Camel, Goldie y otros cuantos, esposados, y Camel te dijo que no te olvidaras de recogerle el correo durante su ausencia, al día siguiente fuimos a su casa y recogiste un paquete de su buzón con tu dirección. ¡Leiser, tienes que acordarte, aunque sólo sea por una vez, dime que te acuerdas!

—No puede ser. Yo fui a su laboratorio y vi la nota en el maletín en la que me decía que le recogiera el correo mientras estuviera fuera, el paquete me lo dió el casero, Camel me lo había mandado antes de que lo detuvieran.

—¡Yo fui contigo a su casa, y vi cómo abrías su buzón y sacabas un paquete con tu nombre! ¡Dime que te acuerdas, Leiser!

—No fue así, Crísalis, yo llamé a Goldie y él me dijo lo de Camel.

—¡Leiser, yo estaba contigo cuando te enteraste!

—No me acuerdo, Crísalis. Pero... fue el viejo quien me dijo que llamara a casa de Camel, que allí estaría Goldie y que él me lo confirmaría todo.

—¿Qué viejo?

—Un viejo que está dentro de mi cabeza y me habla. Él me lo dijo, él lo sabía. Yo he hablado con él y era cierto lo que decía.

—¿Desde cuándo hablas con ese viejo?

—Desde hace unos días.

—Maldita sea, Leiser, ese viejo es tu subconsciente.

—No puede ser. El viejo existe, era capaz de leer mi pensamiento, ¿cómo era posible que supiera lo que pensaba en cada momento si no existía?

—¿Quien mejor que tú para conocer lo que piensas? No me hagas explicártelo, por favor.

—¿Cómo sabía el viejo entonces lo de Camel antes que yo?

—Tú siempre supiste lo de Camel. Hablas con la parte de tu subconsciente que aún no ha sido afectada por la genocaína, la única parte que recuerda tu pasado. Tu subconsciente te hablaba de cosas que ya habías vivido y de las que no te acordabas. Lo tenías que saber. Conoces los efectos de la genocaína. Debí imaginarlo cuando te vi hablando solo



en el acantilado. Conocías los síntomas de la fase terminal, Leiser, tú mismo me lo contaste un millón de veces.

—No me acuerdo.

—¡Por eso mismo! Sabías que si estás enganchado a la genocaina eres el último en darte cuenta de los síntomas de la fase terminal, por eso trataba de estar a tu lado.

—Pero yo le he visto. Estuvo en mi salón, incluso se metió en mi televisor.

—Eran alucinaciones, Leiser.

—No llores, Crísalis. No merece la pena.

—¿Cómo que no merece la pena?, estás en fase terminal.

—Fase terminal.

—No te preocupes, te llevaré al Centro de Rehabilitación y allí te curarán.

—¡No! ¡Mira lo que le hicieron a Camel! ¡Se lo cargaron!

—Leiser, escúchame. Camel murió en accidente de tráfico cuando lo llevaban a Comisaría. Un camión cisterna se cruzó de carril y se estrelló contra la patrulla. Tres agentes de Narcóticos murieron con él. El chico del Correo te hizo firmar la notificación.

—...

—Déjame que te lleve al Centro de Rehabilitación, por favor.

—¿Estás segura de lo que has dicho?

—Confía en mí.

—Déjame coger algo de ropa. Pasa a buscarme dentro de diez minutos, ¿vale?

—Vale, cariño, ya verás como todo se arregla.

—Y no llores.

Es un pabellón de grandes dimensiones alicatado con azulejo blanco. Cada tres metros aparece un ventanal enrejado que deja pasar a duras penas la luz. El suelo también es blanco. Todo allí es blanco.

Varias mesas aparecen desperdigadas y en torno a ellas varios interinos charlan desanimadamente. Algunos están jugando a algo.

En el extremo de la habitación hay dos tipos al lado de una puerta de acero. Una fila de personas se ordena enfrente de una cabina levantada a base de cemento y barrotes. Tras ellos una enfermera reparte unos vasos de plástico a cada individuo. Algunos se llevan el vaso a la boca y dejan caer su contenido, otros hurgan en el fondo y sacan varias pastillas de colores que desaparecen en su garganta.

Yo estoy acurrucado en una esquina viéndolo todo. Hace frío. Estoy vestido con una camisa de manga corta y un pantalón blancos. El aire es extraño y me duele respirar.



Un interno se acerca a mí y me da un vaso de plástico vacío. Me dice que es un regalo, que él tiene muchos y que me da éste. Lo cojo y cuando se da la vuelta, aprieto la mano y el vaso cruje bajo ella. Una interna mira al techo y da vueltas sobre sí misma sin parar a una velocidad vertiginosa, y sus enormes tetas parecen salir despedidas por la fuerza centrífuga. Otro está hablando con su difusa imagen reflejada en el azulejo, está enfadado y empieza a insultar a su reflejo y a decirle que deje de imitarle. Un chaval de unos dieciocho años da vueltas a la habitación con la espalda pegada a la pared y pergeñando una estribillo de *Massive Attack*. Un anciano está recolectando los vasos vacíos del resto de sus compañeros y se afana en mantenerlos en equilibrio encima de su cabeza en una torre preñada de plástico. La mujer de las vueltas pierde el equilibrio y se estampa de morros contra el suelo. Nadie acude a ayudarla. Se levanta y bajo ella una silueta de sangre se proyecta lentamente como si de su sombra se tratara. Poco después, la enfermera llega con un cubo y una fregona y la sangre desaparece al paso de las tiras de gamuza.

Toda esta gente no recuerda nada de su pasado inmediato. Ni siquiera recuerdan lo que hicieron ayer. Para ellos sólo existe el presente y el pasado anterior a la adicción a la genocaína. Están en fase terminal.

La puerta de acero se abre y un individuo con una bata blanca entra en la habitación. Con paso decidido se acerca hacia mí. Lleva la mano derecha escondida en el bolsillo. Me mira impasible y se para frente a mí. Los latidos comienzan a sucederse cada vez más rápido. Me cuesta respirar y empiezo a sudar. El individuo saca la mano de bolsillo y como una prolongación de ella aparece un revólver que se gira para mirarme de frente.

El pulsómetro comienza a pitar. Su sonido se filtra por mis oídos y a su paso por el tímpano siento la cabeza partirse por la mitad. Mi pecho se hincha y deshincha con violencia y noto la camisa empapada. El individuo mueve el dedo índice y el gatillo comienza a ceder a la presión. El pulsómetro pita más fuerte. De fondo, llaman a la puerta. Es Crísalis. Me pide a gritos que desconecte el flujo. Está llorando. Vuelve a pedirme que cierre el paso de genocaína. Golpea la puerta y la oigo bajar las escaleras. Va a por la llave del casero. Me palpo el bolsillo de la camisa y oigo tintinear al ritmo de la respiración las dos únicas copias. Esta vez llegas tarde, amiga.